

ceso que ya venía de tiempo atrás y que había pasado por un “trance contradictorio de formación de nexos nacionales e internacionales”. En este sentido, la obra de Ceballos es de suma importancia porque vincula la historia del “catolicismo social” en México con las influencias del pensamiento católico europeo resaltando, a la vez, las propias contradicciones del régimen porfirista y de las ideas católicas decimonónicas europeas.

5. El movimiento católico en México se situó en un eje geográfico, que Ceballos denomina “eje geopolítico católico”, desde el estado de Puebla hasta Zacatecas, pasando por México, Tulancingo, Colima, León, Querétaro, Morelia, Guadalajara, Zamora, Aguascalientes, etcétera.

Estas vertientes de análisis confieren al estudio de Ceballos una unidad de explicación al plantear aquellas “continuidades” que, inmersas en el propio proceso histórico del “catolicismo social” en México, retroalimentaron las perspectivas filosóficas de los grupos católicos que se fueron sucediendo. Un ejemplo fue la permanencia de las propuestas antiliberales de los “católicos tradicionalistas” y que heredaron, a su vez, los católicos de la corriente social.

Otra característica importante es el planteamiento de “contradicciones” que explica en buena medida la razón por la cual las propuestas de los “católicos sociales” no trascendieron al campo político y tendieron más a conbenir la democracia cristiana en el ámbito de lo moral y religioso, pues las concepciones de esta última corriente, cuyo máximo exponente fue Trini-

dad Sánchez Santos, ayudaron a la vertiente demócrata “por la abundancia de conceptos sociales que emitió, como por la incoherencia que mostró al no dar el paso hacia el compromiso político” (p. 159).

Toda esta gama de interpretaciones, apoyadas en fuentes primarias y secundarias —tanto de carácter bibliográfico como hemerográfico y documental—, confieren al trabajo de Ceballos una riqueza inusitada, porque explican al catolicismo como una religión dinámica y a sus fieles como un gran contingente de activistas preocupados por la “cuestión social” y que llegaron a presentar variadas perspectivas de acercamiento y solución a los problemas que la modernidad y la industrialización presentaba cotidianamente.

Patricia Torres Meza
INSTITUTO MORA

Carlos Illades, *Hacia la República del Trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

El reciente libro de Carlos Illades, *Hacia la República del Trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, llena un vacío en los estudios históricos de estos grupos sociales. Hasta ahora se había estudiado poco el mundo de los artesanos urbanos, el de la producción de los talleres en las ciudades.

Este estudio analiza a la ciudad de México en esos años del siglo XIX, su

espacio urbano y su población, los oficios, los talleres de los artesanos y los llamados “vagos”; los gremios y cofradías, y cómo fueron sustituidos poco a poco por nuevas asociaciones y sociedades de auxilios mutuos. Cómo los artesanos se relacionaron con el Estado, las escuelas y los “talleres públicos” y cómo se formaron. Finalmente culmina en el análisis de huelgas importantes, entre ellas la de los sombreros en 1875 así como las actividades políticas y asociativas de los artesanos que llevaron a la fundación del Congreso Obrero de 1876 cuyo discurso se analiza.

Un aporte importante del trabajo es que nos permite asomarnos algunas veces al interior de los talleres. Vemos el desempeño del maestro artesano como patrón y los conflictos entre su figura y los oficiales; cómo éstos se solidarizaron contra despidos injustificados entre otras cuestiones. Estos aspectos sociales son sumamente relevantes, desde mi punto de vista, porque hasta ahora sabíamos muy poco sobre lo que sucedía en el interior de las casas de los artesanos, de sus talleres y tiendas; cómo era el trato a los aprendices y a los oficiales, qué posibilidades reales tenían estos últimos de ascender a la categoría de maestros, su relación con la clientela, con el mercado y el clientelismo político que de ahí surgía.

El interés fundamental de Illades es mostrar el proceso de conformación de nuevas formas de organización y de una nueva cultura política dentro del artesanado de la ciudad de México. Cómo perdieron los privilegios asociados a la estructura corporativa de la

sociedad y del Estado, por ejemplo el monopolio de la producción y del conocimiento del oficio y de la transmisión de esas aptitudes, y cómo se vieron precisados a reagruparse para hacer frente a los cambios propiciados por el tránsito hacia un orden republicano. Se convirtieron, en el lapso de 1853 en adelante, en agrupaciones artesanales de afiliación voluntaria, que adoptaron principios democráticos y reconocieron la igualdad de derechos de sus miembros.

En su afán de volver al pasado perdido del gremio y de los lazos comunitarios que se “resquebrajaban”, dice Illades, “trascendieron las antiguas formas de sociabilidad en que se agrupaban, y crearon, aunque débiles, otras nuevas” (p. 22).

El autor nos muestra cómo estas organizaciones de artesanos posibilitaron la unión de trabajadores de distintos oficios, centros de trabajo y lugares de procedencia. Empezaron a reconocerse, dice, ya no como zapateros, carpinteros o sastres, sino como parte de la clase trabajadora. Con ello los artesanos intentaron recuperar su posición social y potenciar el trabajo por la vía de la educación.

Hasta ahora, en la historiografía sólo se disponía de amplias generalizaciones sobre la desaparición de los artesanos en este periodo del siglo XIX, ya sea por la invasión del mercado mexicano con productos extranjeros o porque se planteaba que el avance industrial relegaba a segundo plano la producción artesanal.

El mundo de los artesanos se concebía, como decía Carlos Aguirre (citado por Illades, p. 17) solamente como

telón de fondo para la escenificación principal, “el surgimiento de la producción capitalista”.

Independientemente de este desplazamiento, el problema hasta antes de la aparición de este libro, radicaba en que no habían sido estudiados con detalle estos sectores sociales precisamente en años de transición tan relevantes como son los que van de fines de la colonia a las décadas de prosperidad y desarrollo industrial del porfiriato.

En ese sentido quisiera felicitar también ampliamente a la doctora Clara Lida por haber impulsado este tipo de estudios, de tal manera que gracias a las tesis de doctorado que ella ha dirigido recientemente en El Colegio de México, se dispone de una excelente trilogía sobre trabajadores en la ciudad de México en esta época tan compleja como lo es el siglo XIX. (Me refiero al estudio de los artesanos en la transición del siglo XVIII al XIX de Sonia Pérez Toledo, y al de Mario Trujillo sobre los trabajadores textiles en el siglo XIX que complementan muchos aspectos tratados en este libro que ahora se reseña.)

Carlos Illades combate en esta publicación la antítesis artesanado/industrialización y demuestra que el artesanado, lejos de desaparecer o de extinguirse en este periodo, su presencia en la ciudad fue relevante. Muestra también que, con excepción del ramo textil, no existió un despunte amplio de la industrialización en ese periodo. Dominaba aún el taller a la vez que, como nos relata, algunos oficios vivieron una incipiente mecanización, lo cual llevó a conflictos entre operarios y patrones.

Esta discusión sobre la permanencia del artesanado urbano y la insistencia de que no se dio su desplazamiento, sin embargo, implica la noción de la industrialización como un proceso netamente urbano. En mi opinión eso significa proyectar experiencias del siglo XX en el pasado, donde los procesos ocurrieron de otra forma: si observamos nuestra historia económica y social colonial vemos con claridad cómo los antecedentes industriales están ubicados en el medio rural por su dependencia de los recursos hidráulicos. La industria minera colonial y las grandes manufacturas textiles, azucareras o papeleras son los antecedentes de los emporios fabriles posteriores. Por lo que es en el *medio rural* donde suceden los cambios más relevantes con respecto a la industrialización y modernización en esta época. Por lo tanto propondría que las transformaciones profundas y los subsecuentes procesos sociales relacionados con la industrialización en México se dieron sobre todo en el campo. Quien quisiera discutir el impacto de los cambios de la modernización en México durante el siglo XIX, y sobre todo en el porfiriato, debería enfocar más de cerca al artesanado y a los trabajadores en el medio rural donde los procesos industriales del beneficio de metales o las fábricas de azúcar, los textiles o las papeleras aún estaban atados a los yacimientos mineros y a la fuerza hidráulica que movía máquinas trituradoras, trapiches, batanes, turbinas y demás artefactos.

Pero el estudio en sí mismo de los artesanos urbanos, como lo presenta Illades, es un aporte novedoso a la

historiografía. Especialmente, insisto, en relación con la descripción y análisis de la nueva cultura asociativa y política que impulsaron estos grupos sociales. Como explica Illades, el artesano buscó con las asociaciones una protección mutua, acercándose también al Estado y tratando de no naufragar en las leyes del mercado que de manera cada vez más agresiva acometían al mundo productivo de la ciudad.

El estudio está claramente escrito, se lee con facilidad. Se trata de un libro que recomiendo ampliamente a todo interesado en la historia social, en la historia urbana o en la historia del trabajo en México.

Brígida von Mentz
CIESAS

Teresa Lozano Armendares, *El chinguirito vindicado. El contrabando de aguardiente de caña y la política colonial*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1995, 356 pp. (Serie Historia Novohispana, 51).

A fines de noviembre de 1996, se dio a conocer en la prensa internacional la noticia de que la Comunidad Europea había reconocido la denominación de origen de la bebida mexicana llamada "tequila". La importancia de este hecho no es fortuita sino conlleva necesariamente a una reflexión histórica sobre la necesidad de contar con la aprobación del viejo continente para la existencia de un producto elaborado en tierras mexicanas. A partir de ese reconocimiento, sólo en ellas po-

drá producirse con ese nombre en el futuro.

Es evidente que el tequila vive su mejor época y está muy de moda ingerir "un caballito". La bebida ha dejado de ser afamada casi exclusivamente en las películas de los "machos" mexicanos y también ha perdido su fuerza como un signo de identidad nacional. Hoy en día, las mieles de los agaves circulan prácticamente por todo el mundo. El tequila se ha convertido en la bebida consentida de los paladares más exquisitos y también de los que pretenden serlo, con lo cual tiende a perder cada vez más su carácter popular. Es por ello que su producción ha aumentado estratosféricamente y a la fecha se presume la existencia de más de cuatrocientas variedades en el mercado, las cuales pueden ser ingeridas según las capacidades económicas de cada uno de los consumidores.

A la luz de todo lo anterior, es factible preguntarse sobre la historia de esas bebidas embriagantes que han existido desde tiempos inmemoriales. Durante los 300 años en que México formó parte del imperio español, existió una gran cantidad y variedad de bebidas que eran producidas a lo largo y ancho del territorio de Nueva España. Se elaboraban a partir de distintas materias primas: maguey, maíz, caña de azúcar, cebada, tuna, uva, manzana y otras frutas, etcétera. Estos componentes, solos o combinados, eran tratados en procesos muy distintos que iban desde la simple fermentación hasta la compleja destilación.

Las personas dedicadas a su producción pertenecían a muy diversos sectores sociales. Los más conocidos